

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Del socialismo

y sus caporales

Los cabecillas del socialismo viajan. Van a luengas tierras. Se hospedan, sin ocultarse, en buenos hoteles. Comen, beben y viven como unos burgueses.

Los que se llaman representantes de los trabajadores no dan ejemplo a éstos desempeñando sus oficios; no se machacan los dedos con el martillo de zapatero, ni se caen de un andamio, ni se exponen a otros accidentes de trabajo. Con mover la lengua en las reuniones societarias, se erigen en apóstoles de masas crédulas, a quienes engañan y de quienes se burlan.

Ahora anda por Alemania Indalecio Prieto. Por cierto que el diputado por Bilbao ha tenido un rasgo. Ha confesado en Berlín a un periodista que, contemplando la grandeza industrial de aquel país, considera un error de Francia no sentirse generosa en la victoria. Reconoce la injusticia que cometen los franceses con los alemanes, y dice que no debe olvidar Francia que las alianzas internacionales no son eternas, y que las realidades se imponen muchas veces a los pactos.

El socialismo, como toda obra fundada en el error, lleva en sí los gérmenes de la muerte. Más o menos tarde, se deshará totalmente para formar sobre sus ruinas nuevos partidos. No hace mucho se dividió el socialismo por gala en dos. Ahora se notan corrientes separatistas en cada uno de ambos bandos. Últimamente, con motivo del regreso de Rusia del compañero Victoriano Lillo, éste ha dado una conferencia en la Casa del pueblo. Habló de la tiranía de los Soviets, e hizo una descripción del cuadro desolador que presenta Rusia a causa de los déspotas que hacen bueno al zarismo. Esos déspotas se encaramaron en el Poder brindando libertades. Oprimen ahora al pueblo; cometen excesos que no cometieron ni aún los monstruosos emperadores de la familia de Augusto. La tiranía zarista, agregó—no puede compararse con la roja. Esta se halla a una altura superior al Himalaya, mientras aquélla formaba tan solo un montículo.

Al orador le aplaudieron algunos, pero la mayoría le interrumpió con amenazas. No se entienden. Unos creen las palabras del orador; otros le fustigan porque suponen que es un vendido a la burguesía.

Y la farsa sigue. Y el sindicalismo, hijo del socialismo, siembra de crímenes la sociedad.

C.

Estudios Sociales

LA EPIDEMIA MODERNA

Cada época tiene sus epidemias, males terribles que flagelan a la humanidad.

Hubo en tiempos antiguos pestes, fiebres, cólera; luego surgieron las epidemias nerviosas; después la gripe...

Ahora domina, con el terrible poder de la muerte, otra epidemia no menos violenta, hija de nuestro tiempo.

Se llama la «Burocracia».

Sus actos son prodigiosos. En la pasada guerra hizo verdaderas maravillas. Los asuntos de los comedores Vilgrain, de los stock americanos y tantos otros, bien le prueban.

Un ejemplo curioso de las «ventajas» que tiene la burocracia (solo para los burócratas, naturalmente), lo vemos en el periódico *Pax et labor*, de Italia. He aquí el caso:

Durante la guerra, una casa de Milán había enviado un vagón lleno de mercancías a las autoridades militares de Útine. El avance de los austro-alemanes en el Piave hizo que se perdiera todo rastro de aquel vagón, por lo cual una compañía de seguros liquidó los daños sufridos por la casa comercial, tasados en diez mil liras. Pero es el caso que por entonces, hallábase vigente una disposición legal que mandaba se resarcieran los daños con mercancías, equivalentes, antes que con dinero.

Y aquí viene lo curioso del caso.

La mercancía, luego de tiempo transcurrido en tales dimes y diretes, había doblado el precio. El industrial hombre de conciencia, insistió en pedir las diez mil liras en dinero, pero todo fue inútil: estaba terminante el regla-

mento; y el Estado devolvió igual número de mercancías, pero comprándolas por 20.000 liras.

Es universal la acción destructora de los organismos burocráticos.

He aquí un colmo, que nos lo hace saber la burocracia austro-húngara:

Una doméstica, procedente de Hungría, estaba en Viena sin colocación y muriéndose de hambre. En tal estado entró en un hospital devoró la comida y desapareció, dejando por ello una deuda de cincuenta céntimos.

La administración del hospital denunció el hecho a la policía, la que a su vez puso comunicaciones escritas dirigidas al ministerio de la Gobernación, a 66 gobernadores de provincia, a 412 funcionarios de distrito y 8.700 secretarías de pequeñas poblaciones.

Entre preguntas y respuestas a fin de recuperar los cincuenta céntimos, la burocracia escribió 14.704 cartas, para llegar a la conclusión de que la sirvienta no se sabía donde estaba.

¡Todo un éxito!

Y si así no fuere, no se comprendería la burocracia.

WYLM

Cuentecillos de mi tierra

ANICA

LA FRESCACHONA

Cualquiera de los malagueños que acostumbraran hace un par de años a visitar el camino de Granada, han de recordar un ventorrillo que existía al final del paseo de Olletas, cerca del mal oídado camino que lleva a los Melinos y al puente de los Ocos Ojos.

Más bien que el ventorrillo despertará su memoria, si la tiene empolvada, el recuerdo de la ventorrillera, la simpática Anica la frescachona.

Era una mujer de treinta y pico de años, alta, de proporcionadas curvas, ojos verdes que atraían, boca pequeña, nariz aguilena, blanca como la nieve, carnes duras y provocativas y un lunar en la mejilla derecha que daba cierto original encanto.

Su charla viva y alegre y sus miradas incendiarias, era motivo suficiente para que el establecimiento prosperara, y se viese casi siempre lleno de parroquianos que pagaban sin regatear los vasos de vino agüado que se bebían, los refrescos sin azúcar que se tomaban y las copas de Ojén que se metían entre pecho y espalda, aguardiente que tenía honores de aguarrás, según era de fuerte.

Pero la frescachona ventorrillera tenía un genio endiablado, y por un quitame allá esas pajas armaba unas broncas tremendas.

Cierta día riñó con un arriero porque éste no le pagaba un par de duros que le debía. Hubo frases gordas, y en un momento de ira la señá Anica alzó una botella vacía y la hizo pedazos en la cabeza del deudor.

Echando sangre y dando quejidos fuese el lesionado a la casa de Socorro de la calle Mariblanca, y el juez que allí se hallaba en funciones de su cargo, mandó a dos agentes de policía que fueran al ventorrillo y se trajeran presa a la dueña.

Al verlos ésta comprendió cuál era la nada agradable misión que traían, y procuró esconderse, pero uno de ellos se adelantó y la cogió por una muñeca.

—Alto allá—le dijo:—¿a dónde va usted a meterse, hijamía?

—¡Iba... iba...

—Pos no vaya esté a ninguna parte, y véngase con nosotros.

—Si yo no huyo—replicó la ventorrillera.

—Podrá ser, mas parece que nuestra visita no le ha resultado agradable.

Y en aquel momento la señá Anica agregó sonriendo:

—¡Qué esté callarse hombre!

¡Pues si yo quisiera verlos a todos los guardias partíos por la mitad... pa que hubiese más!

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR